

se ha hecho cada vez más onerosa y el juego partidista colonial autorizado no basta para un pueblo que ha ido adquiriendo conciencia de sí y para sí; el proyecto de liberación nacional ha pasado a manos de la intelectualidad criolla más avanzada, sectores profesionales y pequeña burguesía y sobre todo a los obreros y grupos rurales, y está dotado de un sentido democrático jacobino e igualitario de expresas funciones respecto a un equilibrio continental antiimperialista.

— **España:** Atraviesa por un proceso modernizador deformado por el proteccionismo, la carencia de capitales propios y una dependencia sin perspectivas de los frutos coloniales; está aferrada a una fórmula conservadora que no logra atajar por completo la erupción de fuerzas político-sociales renovadoras; se encuentra aislada en el contexto europeo y pierde terreno en el comercio mundial; debe enfrentar a los nacionalismos internos y la retrógrada influencia de un clero ultramontano; en fin, se desliza hacia la fase de potencia en declive, en contraposición con actitudes propias de una influencia internacional real mayor. Para los políticos españoles el futuro de las relaciones con Cuba no tiene más porvenir que la defensa acérrima de una condición colonial agobiadora.

— **México:** Enfrascado en una estimulante modernización superficial, alentada y dependiente de las perspectivas de comercio con el vecino del norte; favorecida por el enlace ferroviario pero en desventaja en los intercambios, por la política arancelaria de Estados Unidos; aunque fía su sostenimiento en una producción argentífera en clara decadencia desde 1873, ha ampliado el surtido hacia los centros industriales con café, henequén, tabaco, azúcar, algo de oro, caucho, que hacían de su oferta la más diversificada del mercado latinoamericano; en su funcionamiento político interno se ha desplazado hacia el conservadurismo y formas caudillistas que restringen el juego democrático, en cuyo seno han encontrado buena acogida e influjo los empresarios hispanomexicanos que defienden el *status* colonial de la isla de Cuba y han perdido terreno los elementos más críticos de los Estados Unidos.

— **Estados Unidos:** Afronta las secuelas de la revolución industrial en medio de una onda media depresiva y fuertes convulsiones cíclicas que originan violentas manifestaciones sociales. Urgidos de mercados para la superproducción, y de materias primas fluidas y a bajo costo, forzaba el desplazamiento de sus rivales europeos en el continente americano. Sus miras expansionistas se traducían en una doble opción: por un lado el proyecto panamericanista de anticipado carácter neocolonial y del otro una carrera descocada por territorios estratégicos en el Caribe, Centroamérica y en el Pacífico, para lo cual se preparó un poderío naval inusitado.

En esos macrocontextos estalló la guerra cubana por la independencia.

El movimiento insurreccional cubano de 1895 a 1898 no obtuvo de las repúblicas latinoamericanas el apoyo diplomático que era de esperar. Si algunos políticos con poder, como Porfirio Díaz, contribuyeron, fue a título personal, pues como gobernantes no hicieron nada de ayuda material ni siquiera moral. Coincidimos con la explicación general de que la consolidación de la oligarquía dependiente en los instrumentos de poder político y social selló definitivamente el aliento bolivariano de solidaridad latinoamericanista. Los intereses pesaron más que los principios doctrinales del liberalismo revolucionario. Desde luego, no nos referimos a los grandes intereses nacionales, bien claros a pesar de algunos contornos difusos, en las obras de pensadores responsables como Francisco Bilbao, Ramón E. Betances, Antenor Firmin, José Martí, entre algunos muy destacados, que veían la viabilidad de un proyecto sin dependencias onerosas en un gobierno popular, verdaderamente democrático.

La política exterior de las oligarquías fue un claro reflejo de estados represivos, de políticas domésticas asentadas en economías dependientes de los mercados extranjeros, ensimismadas en la efímera y elitista prosperidad de los enclaves exportadores, estimuladas por las innovaciones tecnológicas de fines del siglo XIX. Ese punto de partida no puede obviarse en ningún análisis histórico de las disputas por los espacios clave como el cubano, a fines del siglo pasado.

Ese bloque de intereses económicos y políticos que hegemonizaba la sociedad colonial cubana, tenía fuertes vínculos e identidades con los de las agrupaciones hispanas en América, aunque habría de advertir en ellas diferentes niveles de incidencia en cada república. En México se le reconoce un vigor e influencia creciente durante el régimen porfiriano. De esta manera una red de conveniencia e identidades nacionales, ideológicas, religiosas y culturales –a contrapelo de la pluralidad «nacionalista» emergente en las últimas décadas del XIX español– ejercía una significativa presión en provecho de un dominio colonial roído de vetustez e inoperancia a los efectos de una modernización acelerada en los centros hegemónicos del capital mundial. Esa influencia se entrelazó a otras circunstancias que mediaron en la política cubana de México.

Nuestro estudio de los contextos y acontecimientos que vinculan el proceso independentista cubano con un período específico de la historia del México moderno, nos ha llevado a un análisis pormenorizado de las variables históricas que condicionaron la postura oficial. En la explicación de la neutralidad ostentada por la política exterior del porfiriato se ha puesto mucho énfasis en los problemas relativos a la seguridad, partiendo, como

entonces, de un enfoque acentuadamente geopolítico. Es decir, Cuba vista como un problema de seguridad nacional, que pretextaría la neutralidad positiva a la dominación de España en Cuba y a su presencia en la llave del golfo mexicano como un factor contrarrestante del poder creciente de Estados Unidos, a partir del mismo supuesto antiguo de que el poder español podía poner un dique a la expansión norteamericana hacia el sur. No obstante, no son pocos quienes han reparado e insistido en señalar la contradictoriedad entre los temores de una anexión, el clamor contra las expansiones políticas, que enardecían los ánimos periodísticos, con el allanamiento de obstáculos a la expansión de los intereses empresariales y financieros de Estados Unidos por todo el cuerpo productivo de la economía mexicana.

La casi totalidad de los analistas de las relaciones mexicano-estadounidenses coinciden en señalar que durante las últimas décadas del siglo XIX, se desplegó «la aplicación de un liberalismo económico que otorgaba generosas concesiones». Aunque se reconoce que los gobiernos mexicanos se empeñaron en proteger la soberanía nacional, fue a todas luces evidente que la apertura económica ensanchaba la influencia extranjera en los instrumentos del poder político. Mal podían las declaraciones, las protestas y la retórica nacionalista contrabalancear el impacto político que las líneas férreas, la dependencia comercial y el auge inversionista generaron en la sociedad dominante mexicana. En todo caso la proyección de Díaz con respecto a Estados Unidos pudiera calificarse de *nacionalismo ambiguo*, muy diferente del *nacionalismo radical* que asumió José Manuel Balmaceda en su intento de chilénizar la producción salitrera. La ambigüedad del nacionalismo porfiriano está dada por un celo auténtico respecto a cualquier asomo de ofensa a la soberanía mexicana, una vigilancia y denuncia sistemática de la anexión territorial, pero también por una apertura tan amplia, desregulada y vital a los capitales de Estados Unidos, que propiciaba una real e incontestable *anexión económica*.

En mi observación de las relaciones mexicano-estadounidenses como factor de explicación a la conducta porfiriana de no crear oposición en ninguna cosa que pudiese irritar a Estados Unidos, particularmente en su ambicioso proyecto acerca de Cuba, que consideraban frecuentemente fatal, hay otros elementos que no son sólo el temor a su expansionismo. Es el temor a la aquiescencia yanqui con respecto a los opositores de Díaz en el otro margen fronterizo. Si algo se puede observar reiteradamente en los despachos diplomáticos de Romero, son los esfuerzos por controlar los movimientos y actividades opositoristas, maquiavélicamente tolerados por las autoridades yanquis. Esa espada podía agitarse como medio de presión en cualquier momento que se pusiera alguna negociación difícil sobre